

VIII Encuentro Internacional de Historia Oral y Memorias “Lecturas críticas, voces diversas y horizontes políticos en el mundo contemporáneo”

Bogotá, D.C. Colombia, 4, 5 y 6 de abril de 2019

Ponencia:

EN ESTO FUIMOS DOS.

Memorias de una mujer campesina en lucha por la tierra: El Jobo, Costa Rica

Autores

Carlos Cruz Meléndez carlos.cruz.melendez@una.cr

Margarita Torres Hernández mtorres317@gmail.com

Académicos

Universidad Nacional, Costa Rica

EN ESTO FUIMOS DOS

Memorias de una mujer campesina en lucha por la tierra: El Jobo, Costa Rica

“No se nace mujer: se llega a serlo.”
Simone de Beauvoir. ***El segundo sexo.***

“La burguesía suprime cada vez más el fraccionamiento de los medios de producción, de la propiedad y de la población.

Ha aglutinado la población, centralizado los medios de producción y concentrado la propiedad en manos de unos pocos.”

Carlos Marx y Federico Engels. ***Manifiesto del Partido Comunista.***

Doña Nemesia es, todavía a sus más de ochenta años, una robusta, fuerte, ágil, de diáfana inteligencia y muy vanidosa mujer que es el centro de la vida de la familia nuclear que formó con don Genaro, con quien se casó hace ya más de sesenta años y tuvo nueve hijos e hijas. Ella es el eje sobre el cual gira la historia de una familia campesina guanacasteca marcada, como tantas otras, por el movimiento pendular entre hacerse de un pedazo de tierra para trabajar ya sea abriendo montaña, sea heredándolo, sea comprándolo, sea tomándolo para luego perder la finca construida frente a la lógica capitalista de concentración de la tierra que se

expresa en el acaparamiento latifundista¹. Una vida familiar marcada, pues, por la reiterada necesidad del campesino guanacasteco de tierra para trabajar frente al constante despojo que sufre y llevaría a don Genaro y doña Nemesia a ser parte, junto a otra treintena de familias, de la toma en los años setenta del siglo pasado de una de las muchas propiedades, El Jobo², de uno de los mayores terratenientes de la región fronteriza con Nicaragua: Luis Morice Lara. Un movimiento campesino de toma de tierras que cobraría una gran fuerza mediática, obligando a una intervención estatal ante la indignación pública, por el asesinato, el 18 de noviembre de 1970, de Gil Tablada Corea. La tragedia llevó al crimen de Gil Tablada, quien era un sencillo talabartero de La Cruz y no pertenecía al grupo campesino que había tomado las tierras, pero como muchos otros lugareños cierta y abiertamente apoyaba el movimiento y fue sobre él que ese día de noviembre descargó de mano propia su cólera el terrateniente.

La vida de doña Nemesia ciertamente ilustra con claridad la conocida aseveración de Simone de Beauvoir de que “no se nace mujer: se llega a serlo”. Aserto que puede extenderse aquí a la figura misma de “la familia” en general y, para el interés de la presente ponencia, en particular el papel que juega “la madre” en el seno de la familia campesina guanacasteca en la segunda mitad del pasado siglo en particular. No existe, pues, “la familia campesina” sino muy diversas formas históricas de “familias campesinas” según se conjugan de muy distintas maneras elementos como la división del trabajo según sexo y edad de sus miembros, la tenencia de tierra, el autoconsumo o la mercantilización de los productos agropecuarios o de la misma fuerza de trabajo familiar, el acceso a servicios, etc.³

¹ Esta ponencia se ubica dentro de una investigación mayor que estudia la colonización agrícola de un área fronteriza entre Costa Rica y Nicaragua y las relaciones históricas de los pobladores en un área común y construida transfronterizamente. Proyecto de la Universidad Nacional, Costa Rica.

² El Jobo se ubica en las tierras de paso de un tradicional movimiento de ganado en pie entre Nicaragua y Costa Rica rumbo a La Cruz. De allí la importancia de este lugar como uno de los puntos estratégicos en la ganadería y de su transporte.

³ Cuando se estudia “las familias campesinas”, ciertamente en el contexto del desarrollo capitalista de una sociedad nacional como la costarricense, podemos encontrar valiosas caracterizaciones generales de la actividad económica de los miembros del grupo familiar como, por ejemplo, la siguiente que nos ofrece Mauricio Menjívar Ochoa:

Así, entender la vida de esta campesina guanacasteca es no solo, por una parte, comprender como se ha construido a sí misma como persona, como trabajadora doméstica y en el campo, como madre de sus hijos, como compañera de don Genaro con quien ha convivido los últimos sesenta años, en fin, como se ha constituido en una determinada forma de mujer. Si no, al mismo tiempo, por otra parte, es comprender muchos de los elementos sociohistóricos constitutivos de una forma particular de familia campesina y su devenir en el último siglo en una región fronteriza de fuerte migración del norte al sur, de Nicaragua hacia Costa Rica, en búsqueda de tierras para trabajar en lo propio en una economía orientada primeramente al autoconsumo. Al mismo tiempo, coexiste y sobrevive con una tendencia contraria, la concentración de la tierra que se consolidaba en la forma de grandes latifundios de origen colonial, enfocados en la extracción de recursos madereros y en la ganadería, espacial y sociodemográficamente transfronterizos, en manos de familias icónicas en la historiografía costarricense y nicaragüense

“Siguiendo la lógica de la población en estudio, una de las estrategias que desplegaron las familias campesinas para complementar los exiguos ingresos del padre, encargado oficial de ver por la manutención de la familia, fue la incorporación de los diferentes miembros de la unidad. Las mujeres adultas, madres de los niños, tenían un papel fundamental a este respecto, no sólo realizando labores del campo sino aquellas que, dentro de la división sexual del trabajo, parecían considerarse femeninas: lavar y planchar ajeno o vender comida. Igualmente necesario fue la participación de niñas y niños, cuyo dinero o trabajo, era imprescindible para la economía y la sobrevivencia de las familias. Las niñas tuvieron un papel particularmente acentuado en el apoyo a las labores domésticas, asignadas a las madres y, por lo tanto, no tuvieron remuneración. Muy seguramente esto contribuyó a la conformación de su identidad como mujeres. Los niños varones incorporados al trabajo remunerado, al parecer percibían una cantidad de dinero inferior a la de los adultos. No obstante, su aporte económico no sólo era imprescindible, sino que en ocasiones cumplió un rol suplementario o de sustitución de los ingresos tradicionalmente provistos por los padres. Ello fue particularmente cierto en casos de ausencia, enfermedad o muerte de aquellos, factores que reforzaron la construcción de su identidad masculina como proveedores.” *

Sin embargo, se hace necesario hacer más comprensivo el estudio dando cuenta, sobre todo, del devenir histórico mismo de estas unidades familiares de producción agropecuaria dentro de la lógica histórica del desarrollo capitalista en el agro y particularmente las tendencias que se imponen en la mercantilización de la tierra misma con su movimiento contradictorio de acaparamiento en pocas manos y la expulsión de los pequeños productores directos en una región dada. Tal como ha venido sucediendo en Guanacaste en el último siglo; movimiento que se refleja en la vida de doña Nemesia.

*. Menjívar Ochoa, Mauricio, Niñez, pobreza y estrategias de sobrevivencia. Familias campesinas del Valle Central y Guanacaste, Costa Rica (1912-1970). Diálogos Revista Electrónica de Historia [en línea] 2008, 9 (Agosto-Febrero): [Fecha de consulta: 27 de enero de 2019] Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=43913132006> ISSN)

como los Morice o los Somoza o, en las últimas décadas, con una muy fuerte presión por las tierras proveniente de una creciente actividad inmobiliaria / turística.

Recuperar la historia personal de doña Nemesia contribuye a entender como ha funcionado en esta región la lógica histórica de la relación minifundio – latifundio, buscando comprender específicamente la dinámica de reproducción / desaparición de las formas de la pequeña producción agropecuaria en manos de trabajadores directos poseedores de la tierra.

LA ESCOGENCIA DE DOÑA NEMESIA DE UNA VIDA CAMPESINA

No todos los hermanos y hermanas de doña Nemesia siguieron la vida campesina de sus padres. Ella es la tercera de nueve hermanos y hermanas que tuvieron sus padres Inocente y María Fidela. Doña María Fidela, por ejemplo, nació en 1914 en Rivas, Nicaragua, siendo un caso más de una larga historia de migración transfronteriza que enriquece toda la región guanacasteca con una densa red de relaciones familiares y económicas que abarcan las dos nacionalidades. Don Inocente y doña María Fidela se asentaron como pareja primero en el poblado de Monte Plata, de La Cruz, trabajando la tierra por cuenta propia, algo que hicieron toda la vida. Luego, cuando doña Nemesia tenía alrededor de cinco años, la familia trasladó su residencia al centro de La Cruz. Allí cursó doña Nemesia los dos únicos años de educación escolar que tuvo. Abandonando la actividad escolar por la imposibilidad económica de continuar, la niña Nemesia, habrá de trabajar toda su vida en todo tipo de actividades para contribuir primero con la familia paterna y luego con la propia. Fue así como —lo que ilustra los distintos caminos seguidos por cada uno de sus hermanos y hermanas— con solo quince años fue enviada a San José, capital de Costa Rica, a trabajar en oficios domésticos en casa de un familiar, casa donde ya trabajaba una hermana mayor que con solo siete años había sido llevada a trabajar allí. El pago no lo recibían las hermanas, sino que era enviado directamente a sus padres en La Cruz. Pero diferente a su hermana mayor quien haría una vida citadina fuera de su tierra natal, doña Nemesia buscó como volver a La Cruz y poco después, con dieciocho años iniciaría su vida de casada junto a don

Genaro, un joven campesino cuatro años mayor. Así, se tiene que, de los nueve hermanos, algunos siguieron la vida de trabajar la tierra por cuenta propia o como jornaleros y otros emprendieron otros caminos. Doña Nemesia escogió la vida campesina.

Así, pues, doña Nemesia, por su lado, reproducirá la forma de vida de sus padres construyendo una vida de campesina junto a su esposo don Genaro. Al igual que sus padres también tuvo nueve hijos, uno de los cuales murió de meses. Todos sus hijos los tuvo en la casa con la ayuda de una partera y, como ella lo aclara, no conocerá de un parto en un hospital sino hasta recientemente con sus nietos. En este movimiento pendular por la tierra, doña Nemesia hará, pues, una vida de campesina que siempre estará determinada por la lucha por tener un pedazo de tierra que trabajar para luego ver como otros terminan llevandoselo: la finca que tuvieron sus padres en Monte de Plata, recuerda esta mujer, “se perdió”; luego vino la lucha junto a su esposo por la tierra de El Jobo, pero la finca que ellos dos construyeron resultado de esa toma finalmente, en su vejez, se vieron obligados a venderla para darle una casa a cada uno de sus hijos, situación que recuerda con cariño y con responsabilidad de padres de familia, así ninguno de sus hijos e hijas está sin techo seguro y tiene una buena casa. Después de eso, le quedó para sí una pequeña propiedad con la casa que hoy habitan. Pero a pesar de todo doña Nemesia se muestra satisfecha con lo que ha sido su vida porque para ella todos sus esfuerzos se concreta en la familia que construyo junto a su esposo. Es así como con una gran satisfacción esta mujer de ochenta y un años se expresa empoderada en su mecedora en el corredor de su casa en El Jobo sobre lo que ha sido el resultado de sus esfuerzos. Así se expresa en la entrevista que se le hace:

—Gracias a Dios la familia de él (señalando con un gesto de cabeza a don Genaro, su esposo, y quien también se ha llegado a sentar en el corredor de la casa atento al transcurso de la entrevista que se le está haciendo a doña Nemesia) y la mía nunca nos han abandonado. Y si son mis hijos (se le ilumina la cara con una gran sonrisa de satisfacción), todos mis hijos, al día o Noche Buena, en Semana Santa (comienza a contar doña Nemesia con los dedos de

la mano), que el Día del Padre, el Día de la Madre, el día que está enfermo él (se refiere con un gesto a don Genaro), ahora casualmente él (don Genaro) tenía una hermana que se le murió, toditos llegaron los míos. Esto se llena (ilustra doña Nemesia, señalando con un movimiento semicircular del brazo extendido todo el frente de la casa), mire, (señala con vehemencia) todas las noches buenas, todas las semanas santas, y todos los tiempos del padre y de la madre, ¡y regalos! (sonríe expresivamente como preguntándose al tiempo que hace un movimiento con su mano como abarcando todo su frente), de todo, de lo que uno quiera.

— ¡Qué bien! —le reafirma la entrevistadora.

— ¡Gracias a Dios y el Señor! —concluye doña Nemesia con gran satisfacción.⁴

Doña Nemesia y don Genaro son personas muy mayores, curtidas por toda una vida de trabajo en el campo, viven de forma humilde, pero sin carencias, en su propia casa en el poblado de El Jobo, y no dejan lugar a dudas que se sienten satisfechos de lo que ha sido su devenir como campesinos, como una familia dedica al trabajo de la tierra en el norte guanacasteco.

EL ACAPARAMIENTO LATIFUNDISTA

La búsqueda de la joven pareja de don Genaro y doña Nemesia de su propio pedazo de tierra para trabajar chocaría ya para los años sesenta del siglo pasado no solo con el agotamiento de la frontera agrícola en Costa Rica sino, además, con un muy fuerte proceso de acaparamiento latifundista de las tierras a lo largo y ancho de toda la región fronteriza. Un acaparamiento que utilizaría todas las vías posibles para despojar a los campesinos de sus pequeñas fincas. Surge aquí la temible como

⁴. Grabación en video de la entrevista que se le hizo a doña Nemesia el 9 de setiembre dl 2018 en su casa en El Jobo, La Cruz de Guanacaste.

tenebrosa figura de Luis Morice Lara, quien, con la complicidad de autoridades municipales, policiales y gubernamentales, el engaño y la manipulación de documentos, o la simple y directa violencia psicológica o física, iría sumando una a una las pequeñas propiedades que despojaba de manos de los campesinos a sus grandes propiedades.

Esta violencia, así como la resistencia al despojo casi siempre inútil de los pequeños propietarios, fue investigada, documentada y denunciada desde mediados del siglo pasado por un muy reconocido militante del Partido Comunista de Costa Rica, el escritor Carlos Luis Fallas⁵. Una labor que tomó la forma de un texto intitulado “Don Bárbaro”, que se publicó por primera vez en 1960. De esta obra se hace necesario citar el siguiente fragmento para entender de una primera que estaba pasado en la región fronteriza en los años en que la joven pareja de doña Nemesia y don Genaro comienzan a buscar un pedazo de tierra para hacer su propia finca:

“EL LATIFUNDIO DE LOS MORICE

En el transcurso de medio siglo, los Morice se han hecho dueños de casi toda la región fronteriza de La Cruz (Prov. de Guanacaste). De sus ríos, montes y llanos; y de sus playas también. Los tentáculos del inmenso latifundio iban asfixiando silenciosamente toda pequeña propiedad. Campesinos guanacastecos y nicaragüenses, empujados por la necesidad, audazmente llegaban hasta el corazón de la selva, derribaban la montaña, levantaban su rancho, hacían su potrero y cultivaban la tierra. Luego, un día de tantos, tenían que abandonarlo todo. De ese malogrado esfuerzo solo quedan por ahí, de vez en cuando, perdidos en los más apartados rincones de la extensión poblada de garrapatales y “cornizuelos” del latifundio moriceño los vestigios de un rancho y del potrero y el desmonte que los rodeaba. Son recuerdos de los tiempos de don Luis Morice padre.

⁵. Carlos Luis Fallas Sibaja (1909 – 1966), es uno de los más conocidos e influyentes escritores costarricenses con obras literarias de gran contenido social como *Mamita Yunai*, *Gentes y gentecillas*, *Marcos Ramírez* o *Mi Madrina*. Un escritor que se nutrió del conocimiento de la realidad social que le daba su militancia comunista, usando su capacidad de escribir como un arma de lucha política, como es el caso de *Don Bárbaro*.

Pero el viejo Morice por lo menos hacia y cuidaba algunos repastos en su feudo. La plaga moriceña se convirtió de verdad en peste terrible con Luis Morice Lara, el hijo del viejo Morice, hoy verdadero señor de horca y cuchilla, con derecho de vida y muerte sobre todas las familias campesinas de la región. Luis Morice Lara es el azote de los agricultores pobres. Dueño y señor de miles y miles de hectáreas de charrales y garrapatas, jamás ha hecho un repasto, ni un potrero; jamás ha sembrado un árbol, ni una mata de maíz, ni un grano de arroz, y jamás ha hecho una cerca, ni tendido un hilo de alambre, si no es para cerrarle el camino a un pobre o para apoderarse de una parcela ajena. En cambio, tumba las cercas de los agricultores pobres, se adueña de sus potreros y echa su ganado a que engorde con el maíz, los plátanos y las yucas que han sembrado esas humildes gentes. Su principal negocio es la explotación de maderas, que está acabando en toda la extensión de su inmenso latifundio; por eso ahora irrumpe con sus tractores y hacheros en las fincas de los pobres, para tumbar y llevarse cuanto cedro y pochote aprovechable alcanza a ver. Don Luis tiene mucha tierra y mucho poder: al que le hace resistencia lo saca amarrado y lo mete a la cárcel.

Es sí, don Luis, con la cooperación del Alcalde y del Jefe del Resguardo de La Cruz, siempre lleva a cabo esas tropelías dentro de la más absoluta "legalidad". La famosa doña Bárbara contaba, para sus robos de tierras y ganado, con la ayuda interesada del bellaco coronel ño Pernalete y con la del Secretario de la Jefatura Civil del Distrito, el taimado Mujiquita. A esas autoridades se parecen tanto las que colaboran con Morice en La Cruz "como un toro al otro del mismo pelo", para decirlo con palabras de Rómulo Gallegos. No así los personajes principales, doña Bárbara atropellaba a otros latifundistas, a otros señores feudales venezolanos que podían y sabían defenderse y atacar y este don Bárbaro cruceño solo se ceba en campesinos humildes, analfabetos e indefensos." ⁶

⁶. Carlos Luis Fallas, *Don Bárbaro* (Heredia, Costa Rica: Universidad Nacional, Cuadernos Prometeo, Número 6, 1978).

Es esta, entonces, la situación de violencia por la tierra con la que chocan don Genaro y doña Nemesia en su afán de hacerse de su propia finquita. Una imposibilidad de años por adquirir un pedazo de tierra propio que trabajar, donde criar y para mantener a sus hijos, que los llevaría a tomar parte en la invasión de El Jobo que haría un grupo de campesinos sin tierra como ellos. Sin conocerlo, don Genaro y doña Nemesia se habrían de involucrar directamente en la situación de confrontación social que ya venía señalando y denunciando Carlos Luis Fallas.⁷

EL PAPEL DE DOÑA NEMESIA EN LA TOMA DE EL JOBO

A continuación, se transcribe parte de la entrevista donde doña Nemesia cuenta cómo vivió ella todo aquel proceso de toma de tierras de El Jobo:

—Cuando se da la ocupación de El Jobo por los campesinos⁸ y don Genaro se va a estar y trabajar en las tierras recién tomadas, ¿cuánto tiempo — pregunta la entrevistadora— usted, doña Nemesia, se quedó en su casa en La Cruz con los niños?

—Como tres años tuve que quedarme sola —se sobrecoge doña Nemesia al recordar—, si porque tenía los chiquillos⁹ unos en la escuela y otros en el colegio. Los que tenía en el colegio eran cuatro y los que tenía en la escuela eran dos. No podía dejarlos solos y entonces yo me quedé sola cuidándoles a ellos allá (en La Cruz) y él —señala doña Nemesia con un gesto de cabeza a don Genaro quien se ha sentado en una banca en el corredor de la casa para observar la conversación— se vino (al El Jobo).

— ¿Y cómo sobrevivía esos años sola? —se le pregunta.

⁷ Paradójicamente don Genaro -igual que muchos otros jóvenes de la región- había trabajado como peón ocasional en la Hacienda de los Morice.

⁸ La toma de parte de las tierras de El Jobo por parte de los campesinos correspondía a la búsqueda de tierras para cultivar como a la necesidad de contar con acceso al agua a través de pozos. Recordemos que don Genaro como peón de esa hacienda conocía, al igual que otros de los campesinos que intervinieron en la toma de tierras, los sitios donde había disponibilidad de agua.

⁹ Se refiere a sus hijos.

—Él me traía las cosas —señala nuevamente doña Nemesia con un gesto de cabeza a don Genaro.

—Venía a caballo a veces hasta de día de por medio —interviene con vehemencia desde su banca don Genaro para aclarar.

—Si —reafirma sonriente doña Nemesia—, venía a traerme cosas para comer.

— ¿Le traía solo productos o también platita? —interroga la entrevistadora.

—Me llevaba de los dos, platita y cosas para comer —contesta doña Nemesia.

— ¿Y cuándo don Genaro estuvo preso? —pregunta la entrevistadora en referencia por el tiempo que don Genaro y otros campesinos de los que invadieron EL Jobo fueron arrestados por la policía y llevados a prisión en la ciudad de Liberia, capital de la provincia de Guanacaste, acusados de precaristas.

—Yo tenía unas amistades que no me dejaron pasar hambre. —afirma doña Nemesia— Me dijeron que llevara lo que necesitaba porque ellos sabían, me decían, que don Genaro pagará, lleve todo lo que necesite, insistían, que sabemos que don Genaro no dejará de pagar. Entonces yo llevaba todo lo que yo quería, todo, todo, jabón, todo.

—¿Y usted se acuerda de ese momento, cuando apresaron a don Genaro, cuando llegaron con la noticia de que estaban presos los hombres que habían entrado a El Jobo? —indaga la entrevistadora.

—Él me mandó a decir —señala una vez más doña Nemesia a su esposo con otro gesto de la cabeza—, que le mandara ropa porque estaba detenido.

— ¿Y usted recuerda ese momento, no se asustó? —se le pregunta.

—Sí, usted sabe, pues claro me asusté —recuerda la vieja campesina—, fue claro una cosa de sorpresa y yo con todos los güilas¹⁰ y yo solita, eso era lo que me afligía a mí. Yo no me afligía yo, era por todos los chiquitos, eso me afligía. Pero la mamá de él —señala nuevamente doña Nemesia con un gesto a su esposo— me dijo: usted no se aflija, qué si solo frijoles hay, pues, solo frijoles comemos. Y esas amistades también llegaron y me dijeron: lleve lo que usted quiera que yo sé que don Genaro lo paga. Ydiay, así fue —recuerda la campesina.

— ¿Y le alistó ropa y se la llevó usted directamente? —indaga la entrevistadora.

—No, se la mandé con un amigo que él mandó a traerla—precisa doña Nemesia—, de ahí luego yo fui.

— ¿Fue a verlo usted a verlo a la cárcel? —trata de aclarar la entrevistadora.

—Fui como tres veces a verlo —contesta la señora campesina.

— ¿Y estaban en La Cruz o en San José? —pregunta la entrevistadora

—No, estaban en Liberia —aclara doña Nemesia. —Si, en Liberia —termina de confirmar don Genaro desde su banca.

— ¿Iban las distintas señoras? —pregunta la investigadora en referencia a las compañeras de los hombres presos.

—Todas iban —recalca doña Nemesia.

— ¿Y cuánto tiempo los dejaban verlos? —pregunta la entrevistadora,

—Nosotros estamos “en preferencia” —interviene ahora directamente don Genaro como sintiéndose obligado a aclarar la situación vivida en la cárcel— y nos daban hasta una hora para que nos visitaran porque, como le conté

¹⁰. “Güila”, en Costa Rica refiere a una persona joven o un niño. En este caso los hijos de doña Nemesia.

aquel día¹¹, el licenciado Carazo¹² nos recomendó, que éramos trabajadores, y entonces nos pusieron en preferencia y ahí estábamos bien.

—Pero buen susto se llevó— afirma la entrevistadora dirigiéndose nuevamente a doña Nemesia y pregunta por el tiempo que duró el encarcelamiento de don Genaro.

—Fue como un mes, como dos meses —responde la campesina—, dos meses pasando sacrificios y con los chiquillos en la escuela y el colegio, como Dios quería, ahí estábamos pasando sacrificios. Viendo qué comíamos, pero todo el tiempo comimos, si no teníamos que comer yo le mandaba a decir a la suegra y la suegra nos enviaba todo. Ella me enviaba todo que café, la comida, el arroz, frijoles manteca, todo y entonces comimos.

—Y ya cuando se dijo venirse para acá (para El Jobo), ¿cómo encontró usted la situación? — se le pregunta a doña Nemesia.

— ¿Para acá? —reitera la pregunta la señora campesina y de seguido contesta —era un ranchito —continúa explicando — ya cuando me vine yo, ya yo tenía una hija mayor y como cuando en vacaciones se van¹³ y ella salió de vacaciones, entonces se vino para acá (de La Cruz a El Jobo) a cuidarlos a ellos —señalando la señora campesina a don Genaro con la cabeza—, y cada vez que yo podía venía.

— ¿y cuando ya se dijo venirse a estacionarse aquí en El Jobo? —pregunta la entrevistadora.

— ¡Ah! —contesta doña Nemesia—, dejamos la casa cerrada con el suegro, él la cuidaba la casa que teníamos en La Cruz y ya nos venimos para acá a un ranchito.

¹¹. Don Genaro se refiere a una entrevista que sobre este mismo tema de la toma de El Jobo se le había hecho a él semanas antes.

¹² Se refiere a Rodrigo Carazo Odio, quien sería presidente de Costa Rica en el período 1978-1982

¹³. Se refiere a las vacaciones del colegio, que para la época era un período de alrededor de tres meses de diciembre a marzo.

— ¿Y luz y agua? —se le pregunta sobre las condiciones de vida en El Jobo.

—Sin luz, sin agua —repite la señora campesina contestando—, pero leña si había porque había palos (árboles) y bastantes, pero después de eso, “todo era económico” —bromea doña Nemesia.

—Y hicimos un pozo (para agua) —interviene don Genaro, quien continúa atento a la conversación que se desarrolla con su esposa.

—Ah sí, hicieron un pozo que daba agua todo el tiempo para todos (los campesinos que habían invadido El Jobo) —recuerda la señora campesina.

—Y después hicimos un pozo individual —aclara don Genaro—, un pozo para cada uno (cada campesino y su familia). Pero el agua era pesadísima, tenía un porcentaje muy alto de sal.

— ¡Ah, caramba! — exclama la investigadora y de seguido le pregunta —¿y cómo hicieron, no se enfermaban?

—Así sobrevivimos —responde don Genaro y bromea—, yo tengo la salinera adentro. —los esposos sueltan simultáneamente una carcajada cómplice ante la ocurrencia del viejo campesino.

— ¿Y cómo fue la lucha después ya para hacerse del camino, para tener agua potable, en fin, de mejores condiciones? —pregunta la investigadora.¹⁴

La conversación continua y doña Nemesia, siempre con un atento esposo que interviene cuando siente que las cosas de la historia vivida por ellos no están quedando claras, sigue contando una y otra anécdota y señalando uno y otro hecho de todos esos años que han pasado desde que se vino a vivir en El Jobo.

La muy dura como peligrosa lucha por hacerse de un pedazo de tierra en El Jobo fue una empresa de los dos, de doña Nemesia y de don Genaro. Cada uno aportó y sufrió lo que tenía que fue necesario para lograrlo. Es claro que los dos esposos lo ven así, como un proyecto conjunto, como una lucha que fue de los dos. Más aún,

¹⁴. Grabación en video de la entrevista que se le hizo a doña Nemesia el 9 de setiembre del 2018 en su casa en La Cruz de Guanacaste.

se evidencia toda una trama de relaciones de solidaridad con papeles protagónicos con el que jugó la madre de don Genaro. Sin duda hay una división de las tareas según el sexo, pero ambos no se cuestionan esta distinción y encuentran que cada uno aportó por parte iguales.

EL PÉNDULO SE DEVUELVE UNA VEZ MÁS

Doña María Fidela, la madre de doña Nemesia, migró de su natal Rivas en Nicaragua para encontrar un pedazo de tierra en Monte Plata, en La Cruz, Costa Rica, donde trabajar lo propio junto con su esposo don Inocente. Fue en esa finca donde nació doña Nemesia, pero luego, en palabras de doña Nemesia, esa finca “se perdió”. Una vez más el esfuerzo de una familia campesina “se perdió”.

En su pobreza, doña Nemesia no solo tendría que abandonar la escuela, sino que desde muy niña trabajó para colaborar con la manutención de la familia, incluyendo, cuenta ella riéndose ahora, la venta de agua. Dada la carencia histórica de agua potable en la región, el “negocio” consistía en sacar de una fuente situada en un guindo en pequeños recipientes, ir llenando un estañón arriba del guindo, para luego venderla a personas que la necesitaban y no podían ir ellas mismas a la fuente.¹⁵ Ya casada, con el trabajo de ella y de don Genaro (en mucho con la ayuda principalmente de la familia de él) llegaron a tener una casa propia en La Cruz, mientras buscaban un pedazo de tierra para trabajar en lo propio. Fue en esa búsqueda que surgió la posibilidad de participar en la toma de El Jobo¹⁶ y lo hicieron. La casa en La Cruz la vendieron cuando ya se instalaron definitivamente en El Jobo.

¹⁵. Toda la región guanacasteca es muy seca, dándose con frecuencia largos períodos sin ninguna lluvia que acrecientan la carencia de agua. La misma población de La Cruz, ahora cabecera del cantón del mismo nombre que adquiere ese estatus en 1969, no es sino hasta recientemente que tiene un abastecimiento estable de agua potable.

¹⁶ En esta toma de tierras, tanto los ocupantes como sus abogados argumentaron que esos terrenos eran baldíos y estaban siendo utilizados ilegítimamente por el hacendado. Por su parte Morice alegó en su defensa que se debía reconocer las medidas de las caballerías coloniales y el derecho de posesión que tenía de esas tierras. Al del proceso de dos años, el Estado costarricense adjudicó las tierras a los campesinos ocupantes. El señor Morice salió el país rumbo a Nicaragua hasta que prescribió la pena de 10 años por el asesinato de Gil Tablada, luego regresó a su hacienda.

Ya con su finca propia en El Jobo, poco a poco prosperaron a costa de grandes limitaciones y mucho trabajo. Hicieron la casa que hoy habitan y vieron crecer a sus hijos, así como verlos dejar esa casa siguiendo su propio camino. Hoy viven su vejez tranquilos con humildad, pero no en la pobreza asfixiante en que crecieron. Sin embargo, hay tristeza cuando hablan de la finca que por décadas construyeron en El Jobo. Al final, igual que pasó con la generación anterior “la perdieron”. De nuevo se impuso la necesidad de vender la tierra por la que tanto habían peleado y en la que tanto trabajo habían invertido. Ya viejos, don Genaro y doña Nemesia no podían seguir trabajando la finca y entonces la vendieron para, entre otras cosas, dotar de una casa a cada uno de sus hijos e hijas. Para esta nueva generación el trabajar la tierra, y en lo propio, ya no los ilusiona como fue el caso de sus padres. En todo caso, una vez más se ha impuesto la lógica de concentración de la tierra por un lado y la expulsión de lo propio de las familias campesinas.